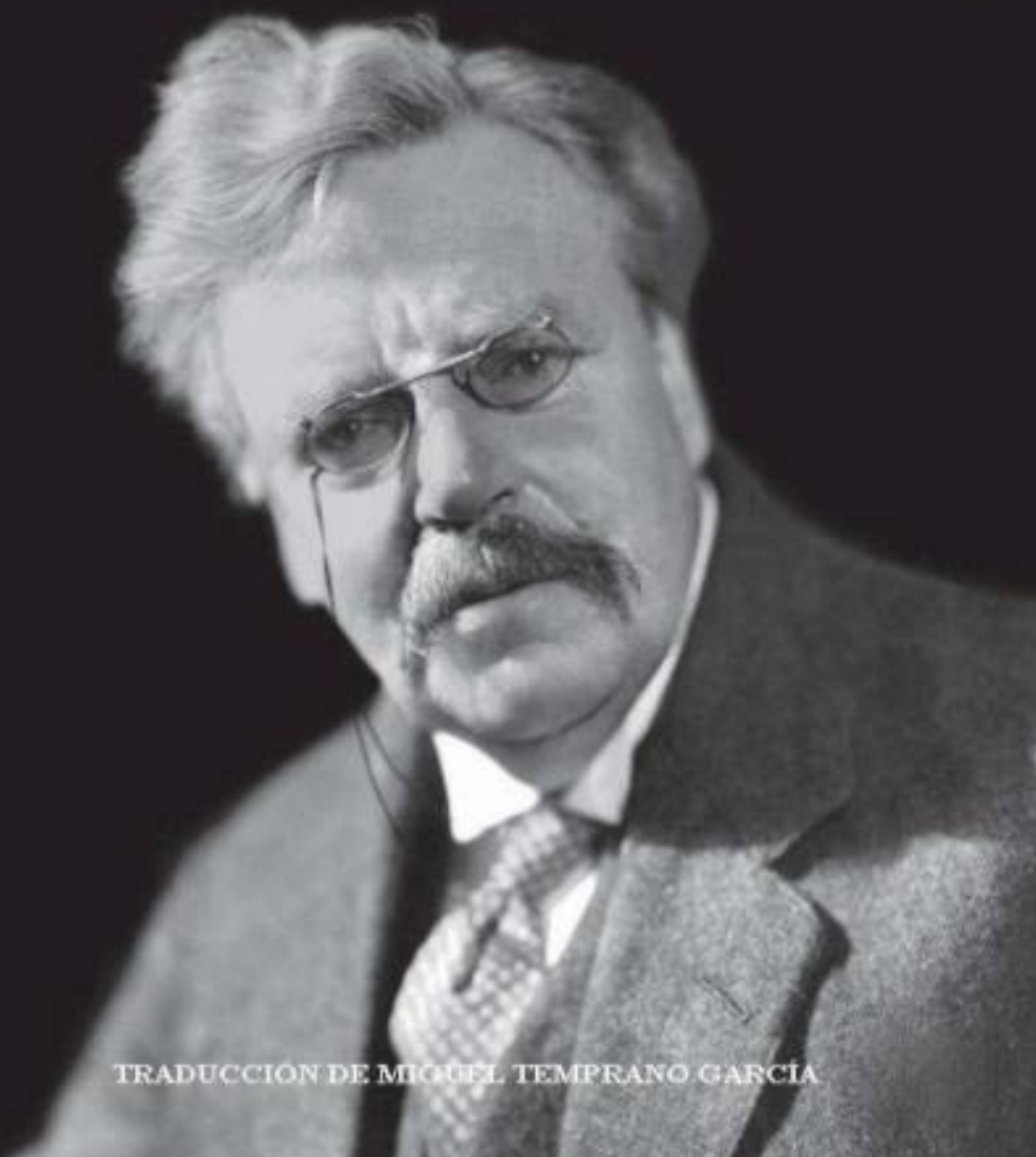


G. K. Chesterton

Ortodoxia



TRADUCCIÓN DE MIGUEL TEMPRANO GARCÍA

Es éste, sin lugar a dudas, uno de los libros más representativos de G. K. Chesterton y probablemente su mejor ensayo. Una especie de autobiografía espiritual y vagabunda que completa lo iniciado en su libro «Herejes», de 1905 (Acantilado, 2007). Optimista y polémico, perspicaz “tour de force” hacia una filosofía del asombro agradecido y de la libertad mental y emocional, este libro es ya un clásico indiscutible.

Chesterton consideraba este libro como un compañero de su libro «Herejes». En el prefacio, el autor explica que el propósito del libro que es “intentar una explicación, no sobre si la fe cristiana puede ser creída, sino cómo fue que él llegó a creer en ella”.

A mi madre

INTRODUCCIÓN

Por extraña casualidad, a la misma hora en que, en su vivienda campesina de Beaconsfield, fallecía Gilbert Keith Chesterton, anunciaba George Bernard Shaw, en Newcastle, que no hablaría más en público.

Con estos mosqueteros, que tantas veces midieron sus armas dialécticas, el espectáculo de la refriega ideológica perdió en Inglaterra sus dos más diestros, tenaces y fantásticos combatientes.

Chesterton y Shaw nacieron tal para cual. Dotados del mismo vigor polémico. e idéntico afán proselitista, iguales en ingenio, no existía bajo el sol una sola cuestión frente a la cual sus opiniones no se encontraran en diametral oposición.

La oposición de sus opiniones encendió y mantuvo encandilada, sin un momento de desmayo, durante dos generaciones, la más fragorosa batalla que engendró nunca la inventiva. Sus controversias públicas eran como justas de la razón dirimidas con los fuegos artificiales de las paradojas, las sutilezas, los retruécanos y las imágenes, donde el público olvidaba el objeto de la riña y se dejaba fascinar por el deslumbrante espectáculo.

Shaw vencía en el arte de la dramatización de su causa, pero Chesterton le vencía en la sutileza que infundía al argumento de la suya.

Como si quisiera compensarle de la monstruosa corpulencia que levantó sobre sus pies, el Creador dotó el cerebro de Chesterton con el más ágil, elástico, fino entendimiento que puso en ninguno de nuestros contemporáneos. Era tan gigantesco y pingüe que le llamaron "monumento

andante de Londres", y en una ocasión, durante un banquete en su honor, Bernard Shaw dijo a la hora de los discursos: "Tan galante es nuestro agasajado, señores, que esta misma mañana les dejó su asiento en el tranvía a tres señoras".

Fantasia o imaginación no iban a la zaga de su figura en cuanto a exuberancia.

Aunque, superficialmente considerada, la obra de Chesterton aparece sólo como un intento ingenioso de encontrar la verdad por procedimientos originales en los que el ingenio y la originalidad semejan lo principal y la verdad lo secundario, en realidad ocurre todo lo contrario.

Chesterton vivió perpetuamente desasosegado por la idea de la verdad, y sus paradojas no eran sino el doble lazo con que pretendía coger por los cuernos tan elusivo toro.

Su versatilidad estaba propulsada por el mismo desasosiego, el cual le llevaba del verso al artículo de periódico; de éste al ensayo filosófico; del ensayo a la novela teológica, cuando no detectivesca, o al discurso proselitista y a la controversia. La búsqueda de la verdad le condujo al catolicismo en 1922 y, poco después, a la fundación del movimiento distributista, en el que pretendía encarnar su ideología y al que, secundado por su fiel y veterano escudero el escritor casticista Hilario Belloc, dedicara la mayor parte de su astronómica energía durante los diez últimos años.

Chesterton odiaba tanto al capitalismo como al comunismo, porque ambos destruyen igualmente la propiedad privada individual, el ejercicio de los oficios manuales que, para él, constituyen la base de la libertad y el desenvolvimiento espiritual del hombre.

En el imaginario "Reino distributivo" cada individuo es propietario de las herramientas con que trabaja, ejerce su oficio individualmente y posee su vivienda. Para propulsar el triunfo del Estado distributivo, que debe ser alcanzado por los medios constitucionales, "puesto que los ingleses

aborrecen la violencia", Chesterton fundó un semanario, excelente y brillantemente escrito, titulado "G. K's Weekly", es decir, "Semnario de Chesterton", donde colaboraba una pléyade escogida de jóvenes intelectuales católicos.

La concepción chestertoniana de la economía estaba íntimamente vinculada a la que tenía de la libertad.

La libertad abstracta que la Reforma impuso sobre Europa es, según Chesterton, una maldición que ha devorado la libertad concreta que se gozaba anteriormente en los pueblos de la Cristiandad. "La libertad de la *postreforma* significa esto: cualquiera puede escribir un folleto, cualquiera puede dirigir un partido, cualquiera puede imprimir un periódico, cualquiera puede fundar una secta. El resultado ha sido que nadie posee su propia tienda o sus propias herramientas, que nadie puede beber un vaso de cerveza o apostar a un caballo. Ahora yo les ruego a ustedes, con toda seriedad, que consideren la situación desde el punto de vista del hombre del pueblo. ¿Cuántos seres humanos desean fundar sectas, escribir folletos o dirigir partidos?"

Esta cita es un ejemplo característico del procedimiento con que Chesterton mezcla lo arbitraria y lo lógico, el sentido común y lo absurdo para, después de fundirlos en el crisol de su imaginación, elevar el resultado a teoría.

Tan natural como su extravagante figura física era en Chesterton la jovialidad intelectual, el gozo en el puro juego de la inteligencia y la frase chispeante. Cualquier argumento podía ser convertido por él, automáticamente, en un deslumbrador juego de prestidigitación.

Muchas de sus frases y de las incidencias de sus controversias se han convertido ya en leyenda que el pueblo transmite de boca en boca. Un día debatía por la radio con un poeta defensor del verso libre, quien le acusó de no entender la "nueva métrica". Verso libre —respondió G. K. Chesterton— no es una nueva métrica, del mismo modo que dormir al raso no es una nueva forma de arquitectura.

—Pero no, podrá usted negar —objetó el poeta— que es una revolución en la forma literaria.

—El verso libre es una revolución, respecto a la forma literaria, igual que el comer carne cruda es una revolución respecto al arte de la cocina —replicó Chesterton.

A la agudeza y mordacidad intelectual, que le hacían un enemigo temible, se unían en la inmensa humanidad de Gilbert Keith una bondad y campechanía primitivas y populares que le convertían en el más delicioso de los amigos. De su amistad privada disfrutaban muchos de aquellos con quienes Chesterton cambiaba en público los más inflexibles mandobles: librepensadores, racionalistas, protestantes, socialistas, eugenistas, y, especialmente, la encarnación misma de todos estos "ismos", el inescrutable, invencible, incorregible George Bernard Shaw.

Con Bernard Shaw y Lloyd George compartió Chesterton el privilegio único de que tanto en los periódicos como en las conversaciones se le mencionara por las solas iniciales de su nombre. "¡Pobre G. K. Chesterton!", se decía la gente al saludarse, en Londres, el día de su muerte.

Una de las mejores biografías que existe hoy de Bernard Shaw la escribió, en 1909, Chesterton. Antes había escrito ya una de sus obras maestras, la biografía de poeta Browning.

Más tarde escribió las de Chaucer, Stevenson, Colbett, San Francisco de Asís y Santo Tomás de Aquino. Dos meses antes de morir había terminado la suya propia.

Sus libros de poemas llenan casi una biblioteca. Uno de ellos se titula "Bagatelas tremendas". Las dos novelas más famosas que escribió: "El hombre que fue jueves" y "El padre Brown", están traducidas al español, pero, en cambio, creo que no ha sido trasladado al castellano ninguno de sus últimos libros, ni siquiera el epos de "Lepanto".

The Napoleon of Notting Hill y *A Club of Queer Trades* son novelas de la vida suburbana de Londres, en las que revive el espíritu "pickwickiano". Chesterton hace de los per-

sonajes de sus novelas instrumentos en que emplear su ingenio y les obliga a proceder del modo más incongruente que jamás procedieron los habitantes del mundo novelesco.

De entre las obras teóricas o filosóficas, aparte de *Ortodoxia*, aquella en que la ideología del autor adquiere más coherencia es la contenida en el tomo de ensayos sobre el tema *Qué hay de malo en el mundo*, donde arguye contra las concepciones eugenistas, las cuales asumen que la suerte de la vida está determinada por el nacimiento, y hace la más impresionante descripción del concepto cristiano de la vida que se haya escrito en este siglo.

Aunque sostuvo siempre la opinión de que el viajar contrae la inteligencia y apoca la fantasía, visitó Italia, Irlanda y América y escribió un libro sobre las impresiones recibidas en cada uno de dichos países.

Al revés que Bernard Shaw y Wells, las otras dos grandes figuras de las letras inglesas de su tiempo, Chesterton no sufrió privaciones en su juventud, sino que disfrutó de la más esmerada educación que en aquella época podía recibir un hijo de burgueses ricos.

A pesar de que era dieciocho años más joven que Bernard Shaw, sus obras comenzaron a ser conocidas al mismo tiempo que las de éste. Chesterton no desempeñó nunca, en realidad, otra ocupación que la de escritor, a la que se dedicó por entero desde los veinte años, después de haber abandonado el aprendizaje de dibujante. Por entonces consistía su cultura, fundamentalmente, en un profundo conocimiento de la Biblia que le había infundido el padre, propietario de un importante negocio de alquileres. Por las venas de la madre corría sangre francesa.

Tuvo un solo hermano, Cecil, que se dedicó también al periodismo y había logrado gran renombre cuando, poco después de la guerra, vino a sorprenderle la muerte.

A los veinticinco años se casó y de su matrimonio no le quedó ningún hijo a la viuda.

Su vida toda fue una portentosa exhibición de atletismo intelectual y de entusiasmo espiritual.^[1e]

AUGUSTO ASSIA^[2e]

PREFACIO

Este libro está concebido para ser un tomo complementario a *Herejes* y para proporcionar un lado positivo, además del negativo. Muchos críticos se han quejado de que la obra así titulada se limitaba a criticar las filosofías actuales sin ofrecer ninguna a cambio. Estas páginas son un intento de responder a ese desafío. Son inevitablemente afirmativas y, por tanto, inevitablemente autobiográficas. El autor, en cierto modo, ha tropezado con la misma dificultad con que topó Newman al escribir su *Apología*: se ha visto obligado a ser egotista sólo para ser sincero. Aunque todo lo demás pueda ser diferente, en ambos casos la motivación es la misma. El propósito del autor es ofrecer una explicación no de hasta qué punto es creíble o no la fe cristiana, sino de cómo ha llegado a creer personalmente en ella. Por esa razón, el libro está organizado según el principio positivo de un acertijo y su respuesta. Trata primero de todas las especulaciones sinceras y solitarias del autor y luego del modo sorprendente en que la teología cristiana respondió a todas ellas. Al autor le parece una fe convincente. Pero, si no lo es, al menos puede considerarse una sorprendente y repetida coincidencia.

G. K. C.

I INTRODUCCIÓN: EN DE- FENSA DE LO DEMÁS

La única excusa posible de este libro es que es la respuesta a un desafío. Incluso un mal tirador parece digno cuando acepta participar en un duelo. Cuando, hace ya un tiempo, publiqué una serie de apresurados aunque sinceros artículos bajo el título de *Herejes*, varios críticos, cuyo juicio me merece gran respeto (y quiero mencionar especialmente al señor G. S. Street), admitieron que estaba muy bien exigir a los demás que explicasen sus teorías cósmicas, pero se quejaron de que hubiese evitado cautamente predicar con el ejemplo. «Empezaré a preocuparme por mi sistema filosófico —afirmó el señor Street— cuando el señor Chesterton nos haya explicado el suyo». Tal vez pecara de incauto al hacerle semejante sugerencia a alguien dispuesto a escribir un libro a la menor provocación. Pero al fin y al cabo, aunque el señor Street haya inspirado y dado origen a este libro, no tiene por qué leerlo. Si lo hace, descubrirá que en sus páginas he intentado explicar, más con imágenes que con una serie de deducciones, el sistema filosófico en el que he llegado a creer. No lo llamaré mi sistema filosófico, porque no es obra mía. Es obra de Dios y de la humanidad; y yo soy obra suya.

A menudo he pensado escribir una novela sobre un navegante inglés que calcula de manera ligeramente equivocada el derrotero y acaba descubriendo Inglaterra con el convencimiento de que se trata de una isla de los Mares

del Sur. No obstante, siempre estoy demasiado ocupado o demasiado ocioso para escribir dicha novela, así que puedo posponerla para dedicarme a la ilustración filosófica. Es probable que la gente piense que un hombre que desembarca (armado hasta los dientes y haciéndose entender por señas) para plantar la bandera británica en un templo bárbaro que al final resulta ser el pabellón de Brighton debe de ser idiota. No diré que no lo parezca. Pero quien crea que de verdad está convencido de serlo, o en cualquier caso que ésa es su emoción predominante, es que no ha estudiado con el suficiente detalle la compleja naturaleza romántica del protagonista de mi historia. En realidad, su error no puede ser más envidiable, y si fuese el hombre que creo, seguro que sería consciente de ello. ¿Qué puede ser más placentero que combinar en unos pocos minutos los fascinantes terrores de hollar una tierra ignota y la humana tranquilidad de regresar a casa? ¿Qué mayor goce que descubrir Sudáfrica sin tener la desagradable necesidad de poner el pie en ella? ¿Qué es más glorioso que hacer acopio de valor para descubrir Nueva Gales del Sur y luego caer en la cuenta, entre lágrimas de felicidad, de que en realidad se trata de la vieja Gales del Sur? Ahí radica en mi opinión el principal problema para los filósofos, y hasta cierto punto el de este libro. ¿Cómo sorprendernos al mismo tiempo por el mundo y sentirnos en él como en casa? ¿Cómo puede esta extraña ciudad cósmica, con sus habitantes de múltiples pies y sus lámparas antiguas y monstruosas, cómo puede proporcionarnos este mundo al mismo tiempo la fascinación de una ciudad desconocida y el consuelo y el honor de nuestra propia ciudad?

Demostrar que una fe o una filosofía es cierta desde cualquier punto de vista sería una gran empresa incluso para un libro mucho más grande que éste; es necesario seguir una senda argumental, y ésa es la senda que me propongo seguir. Quiero exponer mi fe como una respuesta particular a la doble necesidad espiritual de esa mezcla de lo conoci-

do y lo desconocido que la Cristiandad ha denominado con razón «romanticismo». La propia palabra «romance» contiene el misterio y el antiguo sentido de Roma. Quien pretenda cuestionar algo debería dejar claro qué es lo que no pretende cuestionar. Más que afirmar lo que pretende demostrar debería indicar qué es lo que no pretende demostrar. Lo que no pretendo demostrar, y en ello estoy convencido de coincidir con cualquier lector medio, es la conveniencia de llevar una vida activa e imaginativa, pintoresca y colmada de curiosidad poética, una vida como la que siempre parece haber deseado el hombre en Occidente. Si alguien afirma que la extinción es mejor que la existencia o que una existencia vacía es mejor que la variedad y la aventura, es que no forma parte de la gente común a la que van dirigidas estas líneas. A quien prefiera la nada, la nada le doy. Pero casi todo el mundo a quien he conocido en esta sociedad occidental en la que vivo estaría de acuerdo con la proposición general de que necesitamos dicha vida de romanticismo práctico: la combinación de lo exótico con lo conocido. Necesitamos tanto ver el mundo como combinar la idea de fascinación con la de reconocimiento. Necesitamos ser felices en este país de las maravillas sin sentirnos simplemente cómodos. Ése es el logro de mi fe que trataré de exponer en estas páginas.

Pero tengo una razón particular para aludir al navegante que descubrió Inglaterra, y es que quien descubrió Inglaterra soy yo. No se me ocurre ningún modo de evitar que este libro sea egotista; ni tampoco (si he de ser sincero) que resulte pesado. Su pesadez, no obstante, me libraré de la acusación que más me preocupa: la de frivolidad. La sofisticada intrascendente es lo que más desprecio del mundo, y tal vez sea bueno que la gente acostumbre a atribuirme ese defecto. No se me ocurre nada tan desdeñable como una simple paradoja, una mera defensa ingeniosa de lo indefendible. Si fuese cierto (como se ha dicho) que el señor Bernard Shaw vive sólo de las paradojas, ya debería ser uno

de tantos millonarios vulgares, pues un hombre de su inteligencia es capaz de idear un sofisma cada seis minutos. Resulta igual de fácil que mentir, porque es mentir. Lo cierto, claro, es que el señor Shaw topa con la insidiosa dificultad de ser incapaz de contar una mentira a menos que crea que es cierta. Yo también estoy uncido a ese yugo intolerable. En toda mi vida jamás he dicho algo sólo porque me pareciera divertido; aunque, como es lógico, me haya dejado llevar por la vanagloria y es posible que haya pensado que algo era divertido sólo porque lo había dicho yo. Una cosa es narrar una conversación con una gorgona, un grifo o cualquier otra criatura inexistente y otra muy diferente descubrir que el rinoceronte existe y luego regocijarse porque, a juzgar por su aspecto, no lo parezca. Buscamos la verdad, pero cabe la posibilidad de que busquemos instintivamente las verdades más extraordinarias. Por ello dedico, con la mayor cordialidad, este libro a toda esa gente tan jovial que detesta mis escritos y los considera (a mi entender con toda justicia) una serie de patéticas payasadas o un mal chiste.

Y es que si esta obra es una burla, el burlado soy yo, puesto que soy ese hombre que, con total osadía, descubrió lo que ya estaba descubierto. Si hay un elemento de farsa en estas páginas, habrá de ser a mi costa, pues en ellas se narra cómo creí ser el primero en poner el pie en Brighton, cuando en realidad era el último, y se detallan mis elefantinas aventuras en pos de lo evidente. Nadie considerará mi caso más ridículo que yo, y ningún lector podrá decir que intento burlarme de él: yo soy el chasqueado de esta historia y nadie me despojará de mi trono. Admitiré libremente todas las estúpidas ambiciones de finales del siglo XIX. Como todos los niños serios, intenté ser un adelantado a mi época. Igual que ellos, me esforcé en ir diez minutos por delante de la verdad. Y descubrí que iba mil ochocientos años por detrás. Imposté la voz con penosa grandilocuencia juvenil para exponer mis verdades. Y recibí

el castigo más divertido y merecido, porque, aunque he seguido creyendo en ellas, he descubierto, no que fuesen falsas, sino sencillamente que no eran mías. Creía estar solo, y en realidad me hallaba en la ridícula situación de contar con el apoyo de toda la Cristiandad. Es posible, y espero que el cielo me perdone por ello, que intentara ser original, pero tan sólo conseguí idear un mal remedo de las tradiciones ya existentes de la religión civilizada. El navegante de la novela creyó ser el primero en descubrir Inglaterra; yo creí ser el primero en descubrir Europa. Me esforcé en inventar una herejía propia y, después de darle los últimos retoques, descubrí que era la ortodoxia.

Es posible que haya quien se entretenga con el relato de este fracaso tan afortunado. Que alguno de mis amigos o enemigos se divierta leyendo cómo, gracias a lo que tienen de verdad algunas leyendas dispersas, o a la falsedad de alguna de las teorías filosóficas predominantes, fui aprendiendo poco a poco cosas que habría podido aprender en el catecismo..., suponiendo que haya llegado a aprenderlas. Es posible que leer cómo encontré en un club anarquista o en un templo babilónico lo que podría haber encontrado en la iglesia parroquial más cercana sea entretenido, aunque también puede que no lo sea. Si a alguien le divierte saber cómo las flores de un prado, unas palabras leídas en un ómnibus, los avatares de la política o las tribulaciones de la juventud llegaron a combinarse para producir una convicción en la ortodoxia cristiana, es posible que lea estas páginas. Pero la división del trabajo también tiene su lógica y, puesto que soy yo quien ha escrito el libro, por nada en el mundo querría leerlo.

Añado una nota puramente pedante que aparece, como deberían aparecer todas las notas, justo al principio. Estos ensayos sólo pretenden argumentar que el núcleo de la teología cristiana (suficientemente resumida en el Credo de los Apóstoles) es la mejor fuente de energía y de una ética bien fundada. Su intención no es discutir la fascinante pero